

La red

Junes, 01 de octubre de 2012

Modificado el miércoles, 10 de octubre de 2012

RELATOS e-REALES

La red

por Javier EstÃ©vezLa sangre no llegÃ³ al rÃ³o. Pero no porque no la hubiese, que la hubo y a litros, sino porque en el pueblo solo habÃ³a dos barrancos pedregosos, secos e inÃºtiles a los que fueron a desembocar los hilos de sangre guiados por las pendientes de las calles y la oscuridad hÃ³meda de sus callejones.

Sin embargo, unas horas despÃºs de asegurarle al alcalde que pronto todo se tranquilizarÃ¡a, los vecinos se acusaban recÃ³procamente de hipÃ³critas, hideputas, meapilas, golfas y lameculos. El inspector, que no entendÃ¡a nada de lo que pasaba, llamÃ³ a su despacho a su ayudante Molina para que le explicara quÃ© demonios era aquello de muros, mensajes y perfiles que tanto gritaban unos y otros. El feisbu, seÃ±or inspector, el feisbu, le comentÃ³ mientras abrÃ³ a en su ordenador la aplicaciÃ³n, entraba en su perfil y le mostraba entusiasmado quiÃ©nes eran sus amigos y cÃ³mo podÃ¡a comunicarse con ellos e intercambiar fotos, mÃ³sica o artÃºculos. El asombro que habÃ³a dibujado en su cara el inspector mientras seguÃ³ a la explicaciÃ³n de su ayudante lo acompaÃ±Ã³ con un colÃ©rico, vaya estupidez, por dios, y con una pregunta que escondÃ³ a una advertencia evidente: Â¿no estarÃ¡i, Molina, usando esa tonterÃ¡a en el trabajo, verdad? El inspector decidiÃ³ obviar la titubeante negativa del ayudante y le pidiÃ³ que le explicara lentamente quÃ© estaba sucediendo entonces. Bien, comenzÃ³ dubitativo el ayudante, lo que sucede es que antiguos mensajes privados, conversaciones Ã-ntimas que tenÃ³an en esta aplicaciÃ³n unos amigos con otros, aparecen ahora visibles en los muros de todos sin que se puedan eliminar. Y claro, al salir a flote toda la cloaca verbal que estaba oculta en las alcantarillas de cada ordenador se ha armado la de San QuintÃ³n. Para que usted me entienda, inspector, es como si yo solicitara su amistad, usted la acepta y desde que se da la vuelta, y sin que me oiga, por supuesto, le digo de todo menos bonito. Pero por un descuido mÃ³o, o por lo que sea, usted va y se entera. El quantazo que me mete me pone en Santa Elena, exagerÃ³ ostensiblemente el ayudante. Â¿Me entiende, no? No, Molina, no. No entiendo nada, NA-DA, dijo con Ã©nfasis el inspector. Pero es que nos hemos vuelto todos gilipollas en este paÃ±o o quÃ©, Molina, espetÃ³ indignado. Valiente estupidez me acaba de contar. Yo, inspector, trataba de explic....SÃ—, Molina, sÃ—, le interrumpiÃ³ mientras se servÃ³ a su cuarto cafÃ© de la maÃ±ana. No me referÃ³ a usted, hombre, sino a esa guerra civil que tenemos en las calles y que no tengo ni puta idea de cÃ³mo la vamos a detener, carajo. Al parecer, ahÃ— fuera, dijo seÃ±alando enÃ©rgicamente hacia la puerta de la comisarÃ¡a, ahora mismo hay hermanos dÃ¡ndose garrotazos, amigos de toda la vida que ciegos de ira se rajan a navajazos, compaÃ±eros de trabajo que se azotan sin miramientos, mujeres histÃ©ricas que se tiran de los pelos y se abofetean con ambas manos mientras sus hijos se lÃ³an a trompazos y patadas. Medio pueblo, Molina, parece que medio pueblo le ha declarado la guerra a la otra mitad. Un silencio de derrota se instalÃ³ en la habitaciÃ³n. Cortemos la conexiÃ³n a internet, inspector, sugiriÃ³ con los ojos abiertos el ayudante. Muerto el perro, se acabÃ³ la rabia, concluyÃ³ con una sonrisa ostensible que esperaba la reprobaciÃ³n de su superior. PÃ³ngame en contacto con el director general de la compaÃ±Ã—a telefÃ³nica, Molina, urgentemente, se limitÃ³ a ordenar el inspector. RÃ¡pidamente, no hay tiempo que perder. Tres dÃ—as despÃºs del corte de la conexiÃ³n â€œ habÃ³an justificado la interrupciÃ³n del servicio alegando reformas urgentes en el cableado â€“, el pueblo parecÃ³a haber regresado a la atonÃ³a que tanto habÃ³a cultivado durante aÃ±os. El inspector Reina, mientras apuraba un cigarro a la puerta de la comisarÃ¡a, seguÃ³ pensando no sÃ³lo en quiÃ©n podÃ—a estar detrÃ¡s de semejante sabotaje sino que se preguntaba obsesivamente el por quÃ©. La direcciÃ³n de comunicaciÃ³n de Facebook, a peticiÃ³n de la compaÃ±Ã—a de telÃ©fonos, habÃ³a notificado que sus ingenieros informÃ¡ticos tras investigar el caso no habÃ³an visto fallo alguno en la aplicaciÃ³n. Entonces, comentÃ³ jocosamente el ayudante Molina cuando terminÃ³ de leer el informe, ahÃ— fuera hay alguien que conoce todas y cada una de las contraseÃ±as de acceso que hay en este pueblo y que se ha divertido de lo lindo viendo la que montÃ³. En ese instante, frente a la comisarÃ¡a, un joven mal vestido, de piel cetrina y melena generosa esperaba sentado en la parada. El inspector, antes de tirar la colilla a la carretera que los separaba, lo reconociÃ³ y pensÃ³ en el tiempo transcurrido desde que se vieron por Ãºltima vez. Era un chico tranquilo, pero ciertamente raro. Su temprana aficiÃ³n por la lectura y la informÃ¡tica lo habÃ³an aislado del resto de los jÃ³venes. Era una isla en el pueblo, pensÃ³ el inspector. No le conocÃ³ a amigo alguno e incluso lo habÃ³a visto varias veces regresar cabizbajo a su casa porque los chavales y su afilada maldad se burlaban airadamente de Ã©l. QuÃ© pena, sentÃ³ el inspector mientras lo observaba. El joven descubriÃ³ al inspector al otro lado de la vÃ¡a, mirÃ³ndolo frente a Ã©l. Al coincidir las miradas, el inspector lo saludÃ³ alzando la mano que aÃ³n retenÃ³ absurdamente la colilla apagada y aplastada en el muro de entrada de la comisarÃ¡a. El joven, sin saludarlo, se levantÃ³ de inmediato del asiento de la parada y caminÃ³ apresurado calle arriba. El fuerte viento, que soplaban en direcciÃ³n contraria, levantÃ³ su melena e impidiÃ³, pensÃ³ el inspector, que oyera su nombre al llamarlo reiteradamente. Al marcharse de forma tan precipitada se habÃ³a dejado atrÃ—s una carpeta que recogÃ³ el inspector cuando la ausencia de coches le permitiÃ³ cruzar la calle. RegresÃ³ a la comisarÃ¡a con la carpeta bajo el sobaco y se encerrÃ³ en su despacho. No me pase llamadas, Molina, le advirtiÃ³ por la lÃ—nea interior. Antes de sentarse, puso la carpeta sobre la mesa y cerrÃ³ la ventana con lentitud.

Empezaba a lloviznar y el viento frío e insistente que se había levantado había conseguido estropear la tarde, pensó. Volvió sobre sus pasos y cogió la carpeta de la mesa. La abrió y dejó caer sobre la mesa un documento grueso y encuadrado. Cayó al revés, así que le dio la vuelta y descubrió un tatuaje, largo y complejo seguido intuyó el inspector. Se puso sus viejas gafas de carey y leyó con asombro creciente: Violación de la privacidad y agresividad física y verbal a través de las redes sociales. Resultados en un pueblo menor.<http://eltraspacio.wordpress.com>